

por este destierro de sus hermanas, y despues de haber escrito desde el campamento de Compiègne para motivar su rigor, viene él mismo con su comitiva á la sala de la Comunidad á ejercer en cierto modo acto de justicia á la par que régia paternal. Durante la paz, á la vuelta de las cacerías, viene tambien con frecuencia á encontrar á madama de Maintenon en este lugar de retiro, pero siempre despues de haberse tomado tiempo para ponerse, por respeto á estas Damas, un traje *decente*. Durante las guerras, sabe que tiene en Saint-Cyr en estas jóvenes almas, hijas de San Luis y de la raza de los valientes, « almas guerreras, buenas religiosas y buenas Francesas », se recomienda á sus oraciones, tanto en los dias de derrota como en los de victoria; sabe que el luto de ellas es su luto y que en su gloria está cifrada su alegría. Toda esta faz nueva y particular de Luis XIV está delineada muy delicada y generosamente por M. Lavallée, y en ciertos pasajes se admira uno de encontrarse enteramente conmovido como lo estuvo el gran rey mismo.

Luis XIV y madama de Maintenon creían en la eficacia de las oraciones, sobre todo en Saint-Cyr: « Haceos santas, repetia incesantemente la fundadora á sus hijas durante las guerras calamitosas, haceos santas para obtenernos la paz. » Y hácia el fin, cuando un rayo de victoria mezcló alguna jovialidad á lo que habia de formal en su esperanza: « Muy bochornoso sería para nuestra superiora, escribia, si no hiciera levantar el sitio de Landrecies á fuerza de oraciones: á las grandes almas toca hacer las grandes cosas. »

En los últimos años de Luis XIV, madama de Maintenon no era feliz sino cuando iba á Saint-Cyr « para ocultarse y consolarse. » Lo repite ella misma en todos los tonos y formas: « ¡Mi gran consolador es Saint-Cyr! » — « ¡Viva Saint-Cyr! á pesar de sus defectos, allí se está mejor que en ningun otro sitio del mundo. » Habia probado de todo y estaba harta de todo. Satisfecha en apariencia y no obstante su esplendor, era una de esas naturalezas delicadas que continúan siendo más sensibles á las secretas injurias del mundo que á sus groseras ofrendas. Rodeada en Versálles de hombres que no la querian ó de mu-

jeres que despreciaba, leyendo en su corazon al traves de sus homenajes interesados y sus bajezas, abrumada de cansancio y violentada cerca del Rey y de la familia real que usaban y abusaban de ella, llegaba á Saint-Cyr para explayarse, quejarse y quitarse la máscara que llevaba incesantemente. Allí era respetada, querida, escuchada; ausente, sus cartas, leídas en las horas de recreo, hacian el orgullo de la que las habia recibido y la alegría de todas; presente, se concertaban para despertar sus recuerdos, hacerla repetir sus preludios y los incidentes singulares de su fortuna, hacerla en fin hablar de sí misma, asunto que siempre nos es tan consolador y dulce. « Nos gusta hablar de nosotros mismos, hace notar, aunque tengamos que hablar en contra. » Y ella no hablaba en contra. Si es penoso, como ella decia, durar demasiado largo tiempo, vivir en el mundo con personas que no le conocen á uno, que no han sido de la vida que se ha llevado en otro tiempo, que son en una palabra de otro siglo, muy grato es, en el retiro y sentada en el banco de un jardin, encontrarse en presencia de almas enteramente nuevas é inocentes que se dejan formar con docilidad y escuchan con avidez cuanto les decís. No analicemos demasiado los sentimientos diversos de madama de Maintenon en Saint-Cyr: basta que el efecto sobre todo lo que la rodeaba haya sido fructuoso y bueno. Su lenguaje mismo, tan puro, se difundia entre esas jóvenes que la escuchaban, y su inimitable gracia se renovaba con naturalidad en su boca. Habiendo muerto várias de las Damas de Saint-Cyr por estos años, se dice de una de ellas (madama de Assy) en las *Memorias de Saint-Cyr*, en un estilo ligero y halagüeño:

« Era un entendimiento dulce y bien formado, un buen natural que sólo tenía buenas inclinaciones; en su semblante estaban pintados el candor y la inocencia que, unidos á la belleza natural, la hacian sumamente amable. Durante su agonía, su belleza llegó á ser muy superior á lo que habia sido en la época de su mejor salud; pero era una belleza enteramente celestial que inspiraba devocion y la veíamos morir con embeleso... »

La lengua de Saint-Cyr forma un matiz distinto en la del siglo de

Luis XIV; madama de Caylus es su flor mundana; se percibe que ha pasado por allí *Esther* y también Fenelon: es la dición de Racine en prosa, el estilo de Massillon más breve y sobrio; toda una escuela pura, clara, perfecta, á que pertenecía el duque del Maine; un lindo manantial, más vivo por parte de las mujeres, aunque poco fértil. En el origen prometía más, y hubo una de esas Damas (madama de Champigny) á quien madama de Maintenon podía escribir: « Jamas he visto nada tan bueno, tan amable, tan neto, tan bien ordenado, tan elocuente, tan regular, en una palabra, tan maravilloso como vuestra carta... »

Después de la muerte de Luis XIV, y en el brusco contraste con tiempos tan nuevos, Saint-Cyr pasó casi en un instante al estado de antigualla y de reliquia real. Madama de Maintenon tuvo dignas herederas que largo tiempo aun cultivaron allí con esmero el ingenio y la urbanidad; pero en lo que las Damas se mostraron más particularmente fieles á la intencion de su fundadora fué en no hacer hablar jamas de ellas. Respetadas de todos, poco apreciadas de Luis XV que las encontraba (eso era bastante natural) demasiado altivas y demasiado dignas, y de quien se ha recogido una palabra desfavorable que quizas no sea justa, desaparecen en la continuidad de sus deberes y en la uniformidad de su vida. Una carta de Horacio Walpole que las visita como anticuario, otra carta del caballero de Boufflers citada por M. de Noailles, son los únicos testimonios algo notables que se tienen acerca de ellas durante largos años. Cuando estalló la revolucion de 1789, el asombro en este vallecito tan vecino de Versalles fué grande, mayor que en ninguna otra parte: « Saint-Cyr, ha dicho muy bien M. Lavallée, se habia inmovilizado tan completamente en el pasado que sus moradores caían súbitamente de madama de Maintenon en Mirabeau. Desde ese dia, desde la abolicion de los títulos de nobleza, parecia que sólo habia incertidumbre acerca del dia preciso en que debia perecer el Instituto. Estas Damas opusieron no obstante una larga y plácida resistencia que las conservó en su casa hasta 1793: cumplieron y realizaron al pié de la letra el dicho de madama de Maintenon: « Vuestra casa no puede caer mientras haya un rey en Francia »; y no pereció-

ron, en efecto, sino el dia siguiente al en que ya no hubo rey.

Sin embargo (¡admírese el juego y el encadenamiento de los destinos!) entre las señoritas que se educaban allí entónces, se encontraba María Ana de Buonaparte, nacida en Ajaccio el 3 de enero de 1777, y que habia entrado en Saint-Cyr el mes de junio de 1784. Su hermano, Napoleon Buonaparte, oficial de artillería, viendo que después del 10 de agosto los decretos de la Asamblea legislativa parecian anunciar ó más bien confirmar la ruina de esta casa, fué á Saint-Cyr en la mañana del 1º de setiembre de 1792 é hizo tan activas diligencias cerca del alcalde del pueblo y de los administradores de Versalles, que consiguió llevarse aquel mismo dia á su hermana, de quien era como el padre y tutor, á fin de conducirla á Córcega al seno de su familia. — No debia volver á Saint-Cyr, convertido por él en Pritáneo frances, hasta el 28 de junio de 1805, siendo ya emperador y dueño de la Francia y mirando de igual á igual á Luis XIV.

En 1793, Saint-Cyr devastado perdió un momento su nombre, y la aldea arruinada se llamó *Val-Libre*. — En 1794, mientras trabajaban en la iglesia para convertirla en hospital, la tumba de madama de Maintenon fué descubierta en el coro y despedazada, su ataúd violado y sus restos profanados: aquel dia fué tratada como reina.

Todas estas vicisitudes dan animacion al final de la Historia de M. Lavallée. Esta Historia recuerda bastante bien la manera como el cardenal de Bausset ha escrito la Vida de Fenelon: es una corriente de narracion igual y pura. Podria cuando más señalar dos ó tres pasajes donde hay tacha y donde el acento desentona algo, en mi concepto; la segunda edicion los hará desaparecer fácilmente. Madama de Maintenon ha salido con todo su honor de este estudio preciso y nuevo y hasta se puede decir que su causa se halla ya ganada: se nos aparece definitivamente como una de esas personas de raras cualidades que han llegado, en un sentido, á la perfeccion de su naturaleza y que un dia han logrado producirla y modelarla en una obra viviente que mereció estimacion y á la cual ha quedado unido su nombre.

MADAMA

DE MAINTENON (1)

Vivir en varios tiempos y estar en varias partes ha llegado á ser cada dia más fácil. Ayer estábamos con Dangeau en la Corte de Luis XIV, y asistíamos á cada partida y á cada fiesta; hoy podemos, si queremos, mediante estas Cartas de madama de Maintenon, ser de la casa de Saint-Cyr y seguir año por año el progreso y los pormenores de las clases. Asistíamos á la vida de un cortesano, y ahora nos introducimos en el consejo y las solicitudes de una institutora. En efecto, M. Lavallée, el historiador de Saint-Cyr, prosigue su obra y su monumento de reparacion, publicando, en vista de los manuscritos de Versalles, la Correspondencia entera é inalterada de madama de Maintenon : todavía no se poseía de estas Cartas más que la version truncada y falsificada de La Beaumelle. Madama de Maintenon, gracias á la fiel y exacta reproduccion de sus palabras y escritos, va á ser cada vez

(1) *Lettres sur l'Éducation des Filles* (Cartas sobre la Educacion de las Jóvenes), publicadas por primera vez en conformidad con los manuscritos y copias auténticas, con un comentario y notas por M. Th. Lavallée.

más conocida, apreciada de todos y, no vacilamos en decirlo con el nuevo editor, estimada y admirada.

El presente tomo, primero de una serie que no comprenderá ménos de diez, sólo contiene las *Cartas sobre la Educacion*. Comienzan el año 1680. Madama de Maintenon escribe á madama de Brinon, religiosa ursulina, que ha establecido una pension en Montmorency; le envía jóvenes pensionistas, hijas de familias pobres para que las eduque. Más tarde, la pension de Montmorency es trasladada á Rueil, y madama de Maintenon hace de ella su obra; pero aun se estaba léjos de pensar en Saint-Cyr. Se columbra poco á poco la idea de su fundacion en estas páginas escritas segun las diarias necesidades. Al principio se trata sobre todo de niñas pobres que se educan para servir, y los consejos de madama de Maintenon son adecuados á su condicion :

- « Dios ha querido reduciros á servir; haceos capaces de ello y » conformaos con vuestra suerte.
- » Dios quiere que los ricos se salven dando sus bienes y los » pobres por no tenerlos.
- » Á los ricos costará más trabajo salvarse que á los pobres.
- » Hay ricos buenos y pobres malos.
- » Los ricos os proporcionan medios para vivir, dadles vuestras » oraciones; así contribuimos los unos á la salvacion de los otros...
- » No creáis que basta ser pobre é indigente para salvarse, sino » que se necesita soportar pacientemente este estado por el amor de » Dios.
- » No envidiéis el placer que hay en hacer limosna, puesto que » recibéndola podéis tener igual mérito á los ojos de Dios...
- » Vuestro corazon está contento miéntras vuestro cuerpo trabaja; » la mayor parte de los grandes tienen el corazon atormentado mién- » tras que nos parecen tan dichosos. »

En las cartas de esta fecha á madama de Brinon, madama de Maintenon entra en los más minuciosos pormenores de economía: envía todos los meses manteca de vaca y algun dinero : « Tengo

delantales para ellas, pero quiero dárselos yo misma y ver si tienen bastante potaje, pues os diré libremente que no he visto jamas la mitad de lo que les hace falta y que tengo algun recelo de que se mueren de hambre. » Desde que el rey la gratifica con sus beneficios, no piensa sino en hacerlos redundar en pro de las que son pobres como ella lo ha sido; pero no le gusta pedir y opina que se debe aprender á contentarse con lo que se tiene. Cuando se trata de trasferir el establecimiento de Rueil á Noisy, no quiere que se hagan gastos superfluos ni que se renueven todas las cosas : « Conservad bien todo lo que tenéis para el altar, porque he dicho que no queríamos que se hiciese nada para él y que nosotras arreglaríamos el interior á nuestro antojo; conozco á los señores arquitectos del rey, nos acomodarian de la manera más simétrica del mundo y la más incómoda; no perdamos el menor banco y la más pequeña silla de paja; todo nos servirá y así pediremos ménos, lo cual es para mí la suprema felicidad. »

Entre tanto, el Rey comenzaba á adoptar sus miras, y cada vez que se trataba de ello, la advertia que diera mayor extension á su plan. En Noisy, madama de Maintenon recibia señoritas, esto es, jóvenes nobles cuyas pensiones pagaba el rey. En un fragmento de instruccion dirigido por ella á las maestras de Noisy, se trasluce ya todo el espíritu moral y cristiano que ha de regir en Saint-Cyr :

- « Que se les haga comprender lo que se les dice y lo que se » les lee.
- » Que se les enseñe á hablar frances, pero sencillamente.
- » Que escriban lo mismo.
- » Que se les hable cristianamente y siempre razonablemente...
- » Que se amenicen con frecuencia sus instrucciones.
- » Que no sean estas demasiado largas.
- » Que se les eduque como seglares, buenas cristianas, sin exigir » de ellas prácticas, etc., etc. »

*Cristianamente y siempre razonablemente*, esta es la base en que descansa toda la educacion tal como la concibe madama de Maintenon y tal cual quiso establecerla en Saint-Cyr : « Inspirar la *religion*

y la *razon*, eso es lo sólido de la educacion de Saint-Cyr. » — « El *Cristianismo* y la *razon*, que es todo lo que se les quiere inspirar, son igualmente buenos para las princesas y para las miserables. » Pero esto exige alguna aclaracion.

Madama de Maintenon que habia pasado por todas las condiciones y todas las pruebas, ella que habia visto formarse y desvanecerse en derredor suyo tantos delirios y quimeras, se confirmó cada vez más en la idea de que todavía nada hay comparable en la vida al buen sentido, pero un buen sentido que no se envanezca de si mismo, sino que obedezca á las leyes trazadas y que conozca sus propios límites. Su sexo en particular ha nacido para obedecer, lo sabe; por eso la razon que recomienda tanto y tan frecuentemente no es el razonamiento que inquiere curiosamente; guardaos de entenderlo así, sino una razon enteramente cristiana y dócil: « No seréis verdaderamente razonables sino en tanto que os deis á Dios. » Ella no separa la razon de la piedad ni de una entera sumision á las decisiones superiores. Supuesto esto, quiere lo *verdadero* en la educacion desde la edad más tierna: « Nada de cuentos á los niños, nada de engañar; darles las cosas por lo que valen. » — « No les contéis jamas historias de que habrá que desengañarlos cuando tengan uso de razon, sino darles lo cierto como cierto y lo falso como falso. » — « Es menester hablar á una niña de siete años tan razonablemente como á una jóven de veinte. » — « Es menester tomar parte en las diversiones de los niños, pero no conviene acomodarse á ellos por un lenguaje infantil, ni por maneras pueriles, sino que se debe, por el contrario, elevarlos hasta sí hablándoles siempre razonablemente; en una palabra, no se puede ser ni demasiado ni muy pronto razonable. » — « Sólo los medios razonables surten buenos efectos. » — Lo repite de cien maneras: « No es menester darles sino lo que ha de serles siempre bueno, religion, razon, verdad. »

En un siglo en que su juventud pobre y jovial habia visto representar tantas locuras, tantas pasiones y aventuras, seguidas de escandalosos desastres y arrepentimientos; en que las novelas de las Scu-

déry habian ocupado todos los ocios y refinado los sentimientos; en que los héroes caballerescos de Corneille habian exaltado muchas cabezas; en que las bellezas más embelesadoras habian hecho su ideal de las guerras civiles, y en que las más sensatas soñaban con un amor perfecto; en esa edad de las Longueville, de las La Vallière y de las La Fayette (esta, la más juiciosa de todas, creando su *Princesa de Cléveris*), madama de Maintenon habia resistido constantemente á esos atavíos de la verdad y á esos hechizos de la vida, conservando puro su corazon, sana su razon, ó purgándola en seguida de las influencias pasajeras, y no dando cabida en su excelente cabeza á una sola idea romancesca. « Es menester enseñarles á amar razonablemente, decia de sus hijas adoptivas, como se les enseña otra cosa. »

Y ademas, esta antigua amiga de Ninon conocia el mal y la fácil corrupcion de la naturaleza; habia visto de muy cerca, en un tiempo, lo que no habia querido compartir; ó caso de que cediera un momento, poco nos importa, pues habia quedado más advertida y más severa. La experiencia le habia inculcado por principio « que no se puede contar demasiado con la flaqueza humana. » Desconfiada porque sabia cuán presto se malea todo y se desarregla en las educaciones más admiradas como en las naturalezas más inocentes, apenas se deja de vigilar noche y dia. Jamas ha conocido nadie mejor el mal, sin hacerlo, que madama de Maintenon; jamas ha estado una persona más harta y disgustada del mundo, deleitándolo al mismo tiempo.

Estas precauciones y recelos se manifiestan en cada línea en las Máximas y consejos que madama de Maintenon escribia para las maestras de las alumnas, desde ántes de Saint-Cyr y en el tiempo de Rueil ó de Noisy. Sin embargo, una gran revolucion iba á realizarse en su vida; se percibe una huella y un indicio en una de sus cartas de 1685 á madama de Brinon: « Saint-Cyr y Noisy me ocupan mucho; pero á Dios gracias, disfruto muy buena salud, aunque tengo grandes agitaciones desde hace algun tiempo. » Estas agitaciones se referian indudablemente á la resolucion del rey de casarse con ella y al casamiento secreto que se realizó por entónces. Siguiendo de cerca la vida diaria de

Luis XIV en estos años (lo cual es ahora fácil con Dangeau), resulta claramente que la fundacion de Saint-Cyr fué un acto real ligado á las demas circunstancias importantes de esta misma época. Durante su enfermedad y su convalecencia en 1686, es cuando el Rey abraza con ahinco la idea de Saint-Cyr, la adopta por entero y se la apropia magníficamente: « Dios sabe, escribia madama de Maintenon en octubre de 1686 á una de las Damas de San Luis, Dios sabe, que jamas he pensado en fundar un establecimiento como el vuestro y que no tenia otras miras que ocuparme en algunas buenas obras durante mi vida, pues no me creía obligada á nada más y me parecia que habia ya sobrantes casas religiosas. Cuanto menor es la parte que he tenido en ese designio, tanto más reconozco en él la voluntad de Dios, lo que me le hace amar más que si fuera mi propia obra: él es quien ha conducido al rey á esta fundacion, á él que, como lo habéis sabido, no quiere ya tolerar nuevos establecimientos. » De modo que el mismo Luis XIV es quien, apénas se ha llamado su atencion sobre el pensamiento de Saint-Cyr, encuentra que madama de Maintenon no hace bastante y se encarga de instituir una obra que durará tanto como su monarquía. « El Rey, decia Dangeau (10 de mayo de 1686), ha querido dar 150,000 libras de renta en beneficios, para fundar el establecimiento que hace en Saint-Cyr para las jóvenes que están todavía en Noisy; y al efecto ha afectado la abadía de Saint-Denis y algunos otros beneficios. Demas de eso, Su Majestad dará las plazas de religiosas de coro en todo el reino á las jóvenes de esa casa que quieran entrar en conventos. » Durante su convalecencia, al mismo tiempo que se hacía leer alguna porcion de su Historia por Racine y Despréaux, ó se entretenia en ver medallas con el Padre La Chaise, el Rey revisaba y corregia las Constituciones de Saint-Cyr: « Vuestras Constituciones han sido examinadas, escribia madama de Maintenon á madama de Brinon que las habia formado; se ha suprimido, añadido y admirado. Pedid á Dios que inspire á todos los que intervienen en ello. Os doy parte de la visita que he recibido del Rey esta mañana; no por eso se halla mejor, pero ha sido viva la alegría que se ha experimentado al verle

fuera de su cuarto. Ha corregido el coro de Saint-Cyr y otros muchos parajes... » — Algunos años despues (1698), cuando el establecimiento estuvo en plena prosperidad, como los gastos excediesen á los ingresos, tratóse de disminuir el número de las señoritas; pero el Rey no quiso oír hablar de ello; no le gustaba que se empequeñecieran los planes que habia concebido y puesto ya en ejecucion; mantuvo pues expresamente el número de doscientas cincuenta señoritas que queria fueran educadas en la casa, y para que pudieran permanecer en ella hasta la edad de veinte años, es decir, en los años más peligrosos, aumentó treinta mil libras de renta á la dotacion primera.

¿Quiso Luis XIV, fundando este establecimiento en esta fecha que es á la vez la de su casamiento secreto, remediar las faltas de su pasado, reparar el daño que habia causado á ciertas señoritas nobles de su reino, tales como La Vallière, por ejemplo, y por una especie de expiacion, poner á una parte selecta y pobre á cubierto de las tentaciones, y peligros bajo el amparo de la religion y de la virtud? Sin apurar demasiado esta conjetura, es por lo ménos cierto que pensó en coimar un deseo discreto de la persona que acababa de asociar ante Dios á su destino doméstico. En una palabra, Saint-Cyr, tal cual se nos manifiesta hoy en todas las circunstancias que acompañaron su fundacion, me parece que puede ser á la vez un voto, una penitencia de enfermo que procura reparar, y seguramente un regalo de boda de Luis XIV en honor de madama de Maintenon

Cuando ya estuvo fundado Saint-Cyr, madama de Maintenon se dedicó de lleno á él; considerándose como encargada de una mision por el Rey y el Estado, consagró á ella las menores particillas de su tiempo y dirigió allí toda la luz y todo el esfuerzo de su espíritu. Tambien ella tiene su ideal, desde el momento que ha encontrado campo donde ejercitarse, y este ideal es formar la *perfecta Novicia* y la *perfecta Dama de San Luis*, la institutora religiosa y razonable por excelencia; propone á sus jóvenes maestras y delinea un retrato admirable de ellas: simplicidad, rectitud en la piedad, exactitud sumisa, nada de singularidad, nada de curiosidad de espíritu, igualdad sin tristeza, abnegacion

absoluta de sí y una vida consagrada toda á una labor práctica y fructuosa. Es preciso ver en el libro mismo estos dechados perfectos que no quedaron en estado de proyectos, sino que se realizaron con más ó ménos gravedad y dulzura en esas figuras encantadoras y un tanto distintas bajo el velo, madama de Peyrou, madama de Glapion, madama de Fontaines y madama de Berval. Luego que ha recordado así todas las condiciones impuestas y todas las obligaciones, este carácter en que se confunde el personaje de madre, de hermana mayor y de religiosa, y que tiene por objeto formar nobles señoritas pobres destinadas á edificar en seguida casas religiosas, pero sobre todo familias, y renovar en el reino el Cristianismo; jóvenes á quienes se dice incesantemente: « Ceded á la razon en cuanto la veáis »; — « Sed juiciosas, ó seréis desgraciados »; — « Si sois orgullosas se os echará en cara vuestra miseria, y si sois humildes, se recordará vuestro nacimiento. » Despues que ha apurado así la perfeccion y la belleza de la obra que ha de realizarse, se concibe que madama de Maintenon, parándose ante su propio cuadro, añada: « La vocacion de una Dama de San Luis es sublime, cuando quiera cumplir todos sus deberes. »

No todo se hizo en un dia; hubo años de tanteo, y aun en que pareció se seguía una senda descarriada. *Esther* y Fenelon fueron dos tempestades para Saint-Cyr. Una devocion sutil, rebuscada y que se alejaba de las sendas trilladas, penetró allí con Fenelon y madama Guyon, haciendo necesario que se recurriera á rigores y supresiones inexorables respecto de algunos miembros que se habian hecho rebeldes. Pero con *Esther* y las representaciones enteramente régias que se siguieron, habia habido allí un encanto más insensible y una especie de ligera embriaguez de la comunidad entera: la aficion á las cosas ingeniosas, á la poesia y á los escritos de todo género, se habia insinuado en estas jóvenes inteligencias y amenazaba malear en su fuente misma la educacion recta, sencilla y útil sobre todo que más particularmente necesitaban. Una carta de madama de Maintenon á madama de Fontaines, maestra general de las clases, fechada el 20 de setiembre

de 1691, expone este peligroso estado y esta crisis; se apercibe además y confiesa con sinceridad que ella misma es quien ha introducido el mal y asume toda la culpa:

« La pena que siento por las jóvenes de Saint-Cyr no se puede remediar sino con el tiempo y cambiando enteramente la educacion que les hemos dado hasta ahora; justo es que yo sufra las consecuencias puesto que más que nadie he contribuido á ello, y me tendria por muy feliz si Dios no me castigara más severamente. Mi orgullo ha cundido por toda la casa, y se halla tan profundamente arraigado que hasta triunfa de mis buenas intenciones. Dios sabe que he querido cimentar la virtud en Saint-Cyr, pero he edificado sobre la arena. Sin tener lo único que puede formar la sólida base, he querido que las jóvenes tuviesen talento, que se elevara su corazon y que se formara su razon; este designio lo he conseguido: tienen talento y se sirven de él contra nosotras; tienen el corazon elevado y son más arrogantes y altaneras de lo que convendria fueran las más altas princesas. »

Hablando luego del remedio, quiere sin embargo no proceder sino por grados y corregir el mal sólo de la manera misma que ha venido:

« Como várias cositas fomentan el orgullo, várias cositas lo destruirán. Se han tenido con nuestras jóvenes sobradas contemplaciones, muchos mimos y miramientos: es menester olvidarlos en sus clases y hacerlas observar el reglamento del dia... Es preciso también que nuestras jóvenes pierdan ese modo de hablar chancero que han aprendido de mí, y que ahora conozco cuán poco se compadece con la humildad; es un refinamiento del orgullo que expresa en ese tono de chanza lo que no se atreveria á decir seriamente... »

Y haciendo una declaracion verdadera, ajena de toda falsa humildad, añade: « Que vuestras jóvenes no crean que están mal conmigo, eso no haria sino afligirlas y desalentarlas; ciertamente, no son ellas las que tienen la culpa. »

Desde este momento comienza otro segundo esfuerzo más oscuro,

ménos halagüeño y que hasta puede parecer austero si se atiende á la minuciosidad algo abstracta con que le vemos de léjos; pero madama de Maintenon, si se la juzga bien, aparece allí cada vez más meritoria y digna de respeto y estimacion. Además, esta austeridad concierne más bien á las maestras que pasan su vida en la vigilancia, en continuas precauciones, y que desde entónces se convierten en verdaderas religiosas regulares por la solemnidad y perpetuidad de sus votos: respecto á las alumnas y señoritas, en este segundo y más seguro régimen, aun cuando han sido curadas ó preservadas de las disipaciones de espíritu y de los gustos de emancipacion mundana, madama de Maintenon se halla siempre en estado de decir: « No creo sin embargo que haya juventud reunida que se divierta más que la nuestra, ni educacion más alegre. »

Habiéndose desvanecido los temores que habia hecho nacer por un momento la invasion del culteranismo, y habiendo surtido tambien buen efecto el correctivo, se volvió á adoptar en Saint-Cyr un término medio, en que el buen lenguaje tuvo su parte de atencion y de cultura. Se continuó representando de vez en cuando las bellas tragedias escritas para la casa, pero se representaron solamente entre ellas, sin testigos de fuera y sin que hombre alguno (aunque fuera un santo) asistiera á estas representaciones. Entre tanto madama de Maintenon no dejaba de recomendar á sus jóvenes el estilo que tan propiamente le pertenece, « estilo sencillo, natural y sin rodeos », cartas cortas, una naturalidad perfecta y exacta. Hacía para sus alumnas pequeños modelos de cartas que tambien se nos transmiten. Á las maestras recomienda igualmente que sólo se sirvan de expresiones que sean bien comprendidas por esas jóvenes inteligencias, que no tomen de los libros que se leen los términos que, si son buenos sobre todo para esos libros, son demasiado entonados para el lenguaje ordinario. Aplica esa misma regla á la lectura de la Escritura: « No debemos saber sus términos, sino en cuanto sean menester para entenderla. Con frecuencia se elogia á M. Fagon porque habla de medicina de una manera tan sencilla é inteligible que cree uno ver las cosas que explica: un médico de aldea

quiere hablar en griego. » En el texto actual de las Cartas de madama de Maintenon, tales cuales las poseemos por fin, sin las alteraciones de La Beaumelle, nos es permitido, á nuestra vez, juzgar de su modo de decir y escribir con más seguridad. Veo que M. Lavallée y aun M. de Sacy alaban en él entre otras cualidades la *amplitud*. ¿Me permitirán que difiera de su opinion en este solo punto? Hay ciertamente en el estilo de madama de Maintenon, fielmente reproducido, afluencia, reiteracion y elocucion libre y desembarazada; pero lo que parece predominar siempre en él más que todo, es la precision, la claridad y una exactitud perfecta, algo que la voz *amplitud* abraza y traspassa.

La idea de hacer de Saint-Cyr un amparo y un foco cristiano, á la par que un refugio y una escuela de simplicidad virtuosa y pura, á medida que la corrupcion y la grosería aumentan entre las jóvenes de la Corte, se muestra á descubierto en estas cartas de madama de Maintenon:

« ¡Cuánto no daria, exclama (octubre de 1703) hablando á una » de las maestras, porque vuestras jóvenes viesen de tan cerca como » yo lo veo cuán largos son aquí nuestros días, no digo solamente » para las personas que han renunciado á las locuras de la juventud, » sino para la juventud misma que se muere de tedio, porque quisiera » divertirse continuamente y no encuentra nada que satisfaga ese » deseo insaciable de placer! Yo me desvivo, de véras, por entretener » á la señorita duquesa de Borgoña... »

¡Cómo se echa de ver en cuanto hace madama de Maintenon en Saint-Cyr al alma harta de las cosas del mundo que dice á las almas tiernas y placenteras: « Si supierais lo que es el mundo, lo detestariais »; que ha conocido la pobreza y la carencia de todo, que ha estado obligada á poner buena cara y sonreirse contra su gusto, á divertir á los demas, poderosos y grandes, y que, sensata, delicada y juiciosa, aspira á que tenga término esta larga y amarga comedia, sin otro anhelo ya que la quietud, la realidad, la verdad y una tranquilidad igual y fructuosa en elórd en de Dios!

Pero lo que hay de hermoso en esta fatiga, es su celo, su viva-

cidad y su ardor postrero por ser útil y sembrar para los demas. En eso está la grandeza y algo que vale más que una sensibilidad vulgar y aparente.

Y sin embargo, á nosotros hombres y mujeres de nuestro siglo, nos parece que falta alguna cosa á todos estos méritos tan excelentes y hoy tan evidenciados : « Pocas personas, ha dicho madama de Maintenon, son bastante sólidas para no mirar más que el fondo de las cosas. » ¿Si consistirá, en efecto, en que no somos bastante sólidos? fácilmente lo creería; ¿pero no podría provenir tambien de que faltara en ella un poco de naturaleza, un poco de ternura que uno quisiera hallar en esa razon, sin pretender disminuir ciertamente en nada el cristianismo que la ordena y acompaña? Ella fué quien hizo escribir *Esther*, ella la hizo representar, y luego casi se arrepintió. Esto lo dice todo. En el dia, en el nuevo estado del mundo y en una sociedad más uniformemente moral en su medio, á nosotros que no estamos cerca de Versalles (en el sentido en que lo estaba Saint-Cyr), nos parece que á veces es permitido recrearse con un canto, con una flor y una jovialidad de imaginacion, mezclada á las cosas del corazon, aun en una educacion del orden más moral. Hay en definitiva un poco de sequedad en suprimir todo eso, en arrancarlo cuando uno lo encuentra en su camino. Busco entre las escritoras alguna autoridad y algun ejemplo en mi favor; pudiera encontrarlos aun en Francia, y ejemplos irreprochables; pero prefiero tomar uno entre nuestros vecinos. Una poetisa, madre de familia, piadosa y sin tacha, entendimiento profundo y suave, mistriss Felicia Hemans, ha compuesto tambien algunos cantos animados de viva piedad para el uso de la infancia. La misma ha entonado cantos para todas las afecciones nobles y tiernas, así como para los dolores penetrantes. Al terminar esta lectura casi ascética y estas Máximas firmes, rectas, uniformes, pero tan rígidas, de madama de Maintenon, experimento la necesidad, ¿lo confesaré? de citar algunos de esos acentos de una mujer igualmente moral y religiosa, y citarlos no como término de comparacion ó semejanza, sino meramente como *sonido* del alma y como *acento*. Tomo al acaso dos piezas que en

seguida nos harán penetrar en ese mundo moral más enternecido que tambien existe, preciso es reconocerlo, y cuyo aspecto sería vano prohibirse rigurosamente desde que han venido Rousseau, Goethe, Chateaubriand, Byron y Lamartine.

Una de estas piezas se dirige á un muerto ó á una muerta :

#### Á UN ESPÍRITU QUE SE HA IDO.

Desde lo alto de las esplendentes estrellas, ó del seno del aire invisible ó de algun mundo que la mente humana no llega á concebir, ¡Espíritu! ¡dulce Espíritu! si tu morada está allá léjos y tus visiones te representan aun el pasado, ¡Respóndeme, respóndeme!

¿No hemos conversado aqui de la vida y de la muerte? ¿no hemos dicho que el amor, un amor como el nuestro, no podía ser efimero como la fragancia de una rosa ni fenecer como un canto de una festiva floresta?

Respóndeme, ¡oh! ¡respóndeme!

Para mí fué el último resplandor de tus ojos moribundos, — el alma que en ellos brillaba intensa y desolada á traves de la niebla condensada. — ¿No has llevado contigo nada á la region ignota, nada de lo que vivía en esa larga, en esa ardiente mirada?

¡Oye, oye, y respóndeme!

Tu voz, — su débil y dulce y fervoroso acento de despedida, que oigo vibrar aun al traves de la tempestad de la agonía como una brisa espirante; — ¡oh! ¡envíame un solo sonido de esa música que huyó, si la vida del corazon es inextinguible!

Nada más que una vez, ¡oh! ¡respóndeme!

En la tranquilidad del mediodia, en la calma del poniente, en la hora más sombría de la noche, cuando se elevan los pensamientos profundos, cuando los fantasmas del corazon se lanzan del seno de las tinieblas con toda su espantosa belleza, para luchar con el sueño, —

¡Espíritu, entónces respóndeme!

Por el recuerdo de nuestra plegaria tantas veces recitada en comun, por todas nuestras lágrimas que, mezclándose tambien, tenían su dulzura, por nuestra última esperanza, victoriosa de la desesperacion, — ¡habla! si nuestras almas se encuentran en vuelos inmortales,

¡Respóndeme, respóndeme!

La tumba está silenciosa; — y á lo léjos el infinito del cielo, y la hora profunda de média noche, — todo es silencio y soledad. ¡Oh! si tu amor sepultado no me dice que me oye, ¿qué voz puedo esperar de la tierra? Escucha, ten piedad, habla, ¡oh tú que eres mio!

¡ Respóndeme, respóndeme!

La otra pieza que tengo que citar se titula *la Vuelta*; es el ser humano (hombre ó mujer) que despues de haber vivido, sufrido y delinquido, regresa al sitio natal, al hogar doméstico, donde vuelve á encontrar á todos los antiguos testigos de su inocencia y de su dicha :

« ¿Vuelves á nosotros con el corazon de tu infancia, un corazon libre, puro y amante? » Así, miéntras me aproximaba á la casa, así zumbaban los árboles del camino cuyo follaje jugueteaba á merced del viento de la montaña.

« ¿Ha sido tu alma leal y sincera hácia su primer amor? murmuraban las ondas del arroyuelo natal. ¿Tu espíritu nutrido entre estas colinas y estas umbrías, ¿ha respetado siempre sus primeros y más elevados sueños? »

« ¿Has llevado, grabada en tu pecho, la santa plegaria aprendida por el niño bajo el techo paternal? » Así suspiraba, atravesando el aire, una voz salida de las antiguas paredes de los antepasados.

« ¿Has guardado tu fe al muerto (ó á la muerta) fiel cuyo lugar de reposo está cerca de aquí? ¿Has justificado la bendicion que te echó tu padre y la mirada llena de confianza de tu madre? »

Entónces mis lágrimas cayeron cual súbita lluvia, miéntras yo respondía : « Oh majestuosas umbrías, no traigo el corazon de mi infancia á los libres espacios de vuestros claros.

» Me he descarriado de mi primero y puro amor ¡oh limpido y feliz arroyuelo! Una tras otra se han extinguido todas las luces de mi alma, todos los sueños gloriosos de mi primavera.

» Y la santa plegaria ha huido de mi mente, — la plegaria aprendida en el regazo de mi madre. Solo, sepultado en tinieblas y turbado vuelvo por fin á ti, ¡ oh casa y hogar de mis goces infantiles!

» Pero al ménos traigo de mi infancia un don de lágrimas para enternecer y para expiar; ¡ y vosotros todos, objetos y lugares testigos de mis años bendecidos, no dudéis que estas lágrimas me harán aun otra vez enteramente nuestro! »

¿Qué más he de decir? este *don de las lágrimas* es precisa-

mente el que, aun teniendo en cuenta el carácter de institutora, deplora uno no percibir jamas, de cerca ni de léjos, en el corazon *ri* bajo la razon de madama de Maintenon; y en medio de todos los elogios y de todos los respetos que merece su noble, exacto, delicado y animoso buen sentido, es tambien la sola reserva y la restriccion que haya querido hacer.

